

No constituían un hecho aislado las predicaciones de Jeremías. Había en Jerusalén todo un grupo de hombres que llevaban el espíritu de reforma hasta sus últimas consecuencias, así como la teocracia pura, la supresión de los ídolos y la unidad religiosa. No era necesaria mucha inteligencia para comprender lo absurdo de la idolatría. La necedad de decir a un pedazo de madera: «Tú eres mi padre», o a la piedra: «Tú me has engendrado», era demasiado evidente para no ser vista. Los gritos y las danzas con que la gente sencilla acompañaba sus oraciones y sacrificios, inspiraban repetidas burlas a los puritanos. Un tal Habacuc, que parece haber sido uno de los soportes del partido devoto, era para los escultores tan severo como pueda serlo ahora un austero musulmán.

El espíritu religioso de Jerusalén se encontraba en escaso número de personas, pero los grandes movimientos religiosos se producen casi siempre por un grupo de exaltados que se apoderan del jefe del Estado y de su autoridad, poniendo en cambio a disposición de aquél su propio ascendiente. En Israel ya habían ayudado a Ezequías las fuerzas de Isaías. Lo mismo sucedió de nuevo setenta y cinco años después, pero en proporciones más considerables y en condiciones de duración que esta vez impusieron a lo porvenir.

Por motivos que ignoramos, Josías, al llegar a la mayor edad, se convirtió, o por lo menos se declaró partidario de la reforma, cuyos predicadores más ardientes eran Sofonías, Jeremías y una profetisa llamada Hulda. Todo indica que esta conversión, de graves consecuencias para la humanidad, fue ocasionada por sentimientos de terror religioso. Poseían los profetas sobre los laicos una fuerza como la que los monjes de San Martín de Tours se crearon contra los francos. Se creía que se cumplían siempre sus amenazas. El rey que aceptaba tal orden de ideas estaba perdido. El profeta le dominaba por el terror.

El hecho que demuestra que la conversión de Josías fue un hecho personal, es que, al parecer, su familia no sufrió la influencia que los pietistas consiguieron adquirir sobre él. Sus tres hijos y su nieto, que reinaron después de él, no participaron de sus sentimientos, y los veremos sustraerse completamente a la influencia de Jeremías. La reina Haumtal, que fue la madre de dos reyes, se mostró como la mayoría de las reinas, antipietista. La influencia del marido sobre la mujer era poca; pero la de la madre sobre los hijos es en Oriente muy superior a la del padre.

Cuanto Ezequías había realizado sin utilizar al parecer medios violentos, lo hizo Josías como soberano oriental que se cree con el derecho absoluto sobre la fe de sus súbditos. Ya se había encontrado el perfecto rey teocrático; he aquí el monarca convencido de que Jehová le dio el poder, y que no debe ejercerlo más que por su voluntad y mayor gloria.

El eclecticismo religioso había sido desde la subida de Manasés una práctica constante en Jerusalén y demás poblaciones de Judá. Las insignias del culto fenicio se ostentaban en el templo que pudo servir simultáneamente para los sacrificios de Baal y los de Jehová.

Josías cambió todo esto. El templo, primeramente, después de Jerusalén y finalmente las ciudades de Judá fueron purificados de todas las im-

purezas religiosas que se habían acumulado desde la muerte de Ezequías. El rey ordenó al jefe de los sacerdotes, a los demás sacerdotes y a los guardas que quitaran del templo de Jehová todos los objetos fabricados en honor de Baal, de Asera y de todo el ejército del cielo. Mandó quemar todos estos objetos fuera de Jerusalén, en los campos de Cedrón, y llevar los restos a un basurero. Fueron destituidos todos los sacerdotes que habían ofrecido incienso a Baal, al Sol, a la Luna y a los signos del zodiaco. Se sacó del templo la *asera* que allí había y se la quemó en el mismo lugar, esparciendo luego sus cenizas. Mandó el rey destruir las casas que había también en el templo, donde las mujeres tejían tiendas a Asera. Ordenó por último que se aniquilaran los altares que sus antecesores habían elevado en la plataforma del pabellón de Achaz, y los erigidos por Manasés en los dos patios del templo.

Los últimos reyes de Judá habían consagrado caballos al sol, al que apenas distinguían de Jehová, de manera que los caballos estaban instalados en el templo, con gran escándalo de los jehovahístas correctos. Josías suprimió este abuso. Los animales fueron situados en el pabellón del gran eunuco. También hizo quemar los carros del Sol que habrían servido para alguna ceremonia.

El terrible terreno del Tophet era el más apropiado para medidas expiatorias por su repugnante origen. Josías mandó instalar en este lugar un depósito de inmundicias.

No existía, pues, ya nada en Jerusalén ni en sus alrededores que pudiera ofender la vista de un puritano. Jeremías debíestar contento. Isaías y Miqueas habían alcanzado sus más ardientes deseos.

Fueron igualmente radicales en provincias las disposiciones de Josías. Los sacrificadores de baja estofa que los reyes de Judá inclinados a la tolerancia habían establecido para quemar incienso en los lugares altos, en las diferentes poblaciones de Judá y en las cercanías de Jerusalén, fueron llamados de la capital. Todos estos lugares donde habían orado tantas generaciones fueron manchados con inmundicias. Como complemento de la reforma el rey dictó reglamentos severos contra las nigromancias y la ventriloquía. Los *terafim* y todos los objetos idólatricos fueron desterrados de Jerusalén y Judá. La superstición parecía totalmente extirpada del país.

Los puritanos israelitas suprimían las prácticas más necias: se reían de las personas bastante tontas para buscar revelaciones en voces que se suponían procedentes del vientre y sin embargo tenían por inspiradas las palabras del hombre que sin prueba alguna se llamaba profeta de Jehová. Estas distinciones, que nos parecen candorosas, son condiciones de fuerza en la acción. ¡Pobre especie humana! ¡Cuánto desea el bien! ¡Pero qué poco hecha está, en su conjunto, para la verdad!